



JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO
Escritor.

Después del alboroto

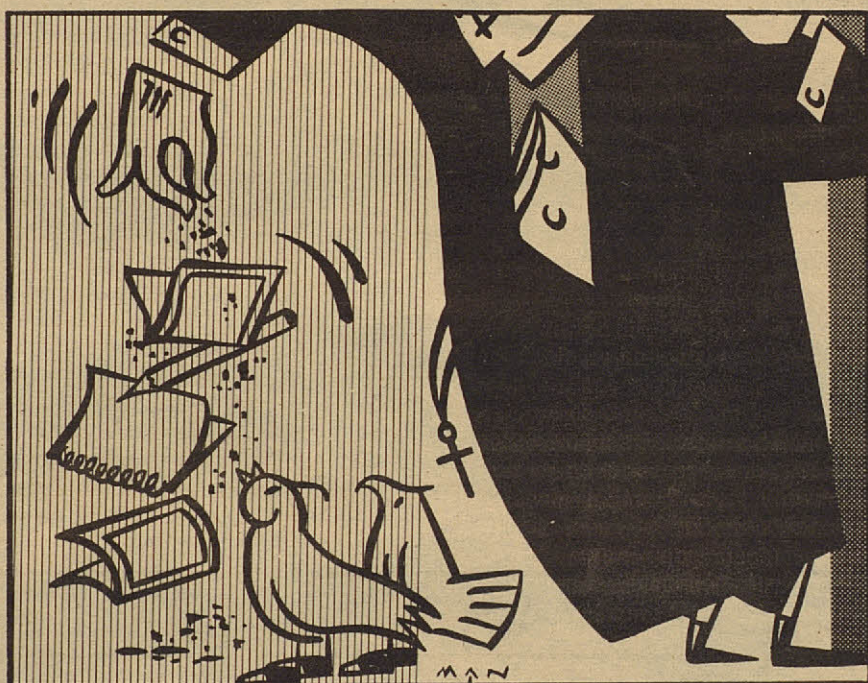
Sorprende que la beatificación del fundador del Opus Dei suscitara tantas críticas por parte de miembros de la Compañía de Jesús, una orden en cuyos orígenes están presentes el autoritarismo y el poder económico

Ya terminó el zumbido, el frenesí, que se organizó a propósito de la beatificación del fundador del Opus Dei. Si hubo multitud de gente que se manifestó en contra, también otra multitud llenó a rebosar la plaza de San Pedro.

Poco sé del Opus Dei, y menos de su fundador, al que nunca vi ni de lejos. Creo que las opiniones contrarias de ex miembros de ese instituto secular deben ser sinceras cuando explican sus penas y fatigas dentro de la Obra. También creo que los fundadores de cualquier orden religiosa, aparte de un carisma que atrae a sus seguidores, tienen algo de capacidad de mando que casi nunca les abandona.

No seguí más que una parte de la polémica, pero me sorprendió que el fuego más graneado contra la beatificación procediera de agrupaciones o miembros de asociaciones afines a la Compañía de Jesús, cuando no por sacerdotes jesuitas directamente.

Recuerdo muy bien el origen de la Compañía de Jesús, que **Íñigo de Loyola**, de Azpeitia, Señorío de Vizcaya, fundó. Nació hará pronto 500 años —¡cuántas cosas ocurrieron hace 500 años!— y era noble y rico, y al crecer fue gentilhomme y capitán de compañía del virrey de Navarra. Fue herido en ambas piernas en la defensa de Pamplona frente a los franceses —luego siempre cojeó, y es sabido que muchos cojos tienen tendencia a ser serios y autoritarios. Hago un aparte para decir que Navarra fue incorporada a España porque **Fernando de Aragón**, ya viudo de **Isabel la Católica**, se casó en segundas nupcias con **Germana de Foix** y metió para siempre las cadenas de Navarra en uno de los cuarteles del escudo de España, cosa que los franceses no se resignaban a perder. **Íñigo de Loyola** leyó, convaleciente, la muy mediocre *Vita Cristi*, de **Ludolfo de Sajonia**, en traducción poco feliz, cuentan, de fray **Pedro de la Vega**, y asimismo leyó algún tomo de *La leyenda áurea*, y se sintió llamado. Fue a



Montserrat, y luego habitó en una cueva no demasiado confortable cerca de Manresa. Allí, nuevas lecturas poco afortunadas: *La imitación de Cristo*, de **Kempis**, y el *Exercitorio*, del abad **García de Cisneros**. Por influencia de todas esas lecturas sale la famosa obra de **Íñigo** —aún no se firmaba **Ignacio**— titulada *Libro de los ejercicios espirituales*, mezcla de ordenanzas militares y de terroríficas *composiciones de lugar* para acongojar a incautos pecadores. Como libro no es de factura superior a otros más recientes.

Las actividades de **Íñigo** se aceleran: viajes a Barcelona, Roma, Jerusalén. Estudia latín, que no dominaba, y parte hacia Alcalá de Henares, y luego hacia Salamanca: total, dos procesos de la Inquisición y tres semanas de cárcel por propagar sus *Ejercicios*. Decide ir a París, y allí se reúnen los seis de *Montmartre*, entre los que se encuentra **Francisco Javier**. Los reunidos parten hacia Venecia, donde todos son ordenados sacerdotes con

inusitada rapidez. Y finalmente, el salto a Roma.

En Roma, **Íñigo** cambia su nombre por el de **Ignacio**, más latinizado. Muy pronto se gana la confianza del papa **Pablo III**, que ve en él un hombre decidido y de fuerte carácter. **Ignacio de Loyola** añade a los tres votos de un sacerdote —castidad, pobreza y obediencia— un cuarto voto, el de obediencia ciega al Santo Padre, voto que desde hace una treintena de años los jesuitas parecen haber olvidado.

Y así, con bendición papal y en Roma, nació la Societatis Iesu, la Compañía de Jesús, que suena a cuartel inevitablemente. La Compañía se infiltra en las universidades —Padua, Bolonia, Siena— e **Ignacio** abre casa en Roma: esto debió costar mucho dinero, pero **Ignacio de Loyola**, **Francisco Javier** y otros miembros fundadores eran lo bastante ricos como para permitirse este gasto, y, además, estaban respaldados por **Pablo III**. Sigue la fundación de la Universidad Gregoriana, y con to-

do esto el prestigio de la Compañía de Jesús aumenta y se expande por Europa, de momento.

La dura tarea de la contrarreforma es encargada a la orden, y ésta tuvo que apechugar con los trabajos más feos y duros: fueron un verdadero martillo de herejes. Pero hoy, con eso del ecumenismo, es mejor no remover cuestiones de este tipo. Cambio de Papa. Y **Pablo IV**, que odiaba a los españoles, y especialmente a los jesuitas, dejó morir a **Ignacio de Loyola**, en 1556, sin que recibiera los santos sacramentos ni la bendición apostólica: el nuevo Papa llamaba a **Ignacio** "el tirano de la Compañía". Poco antes de morir, **Ignacio** dictó su *Autobiografía*.

En 1622 fueron canonizados **Ignacio de Loyola** y su amigo **Francisco Javier**. El primer terceto de santos jesuitas lo cerró **Francisco de Borja**, valenciano noble que, al enviudar, se hizo jesuita. Fue canonizado años más tarde, en 1671. La actitud vaticana ya era otra. El segundo terceto de santos jesuitas lo forman tres muchachos jovencísimos: **Estanislao de Kotska**, del marquesado de Castiglione, muerto a los 18 años en Roma, en la Casa de la Compañía, y canonizado en 1726; **Luis Gonzaga**, del marquesado de Casiglione, que también muere en Roma a los 23 años, en la Casa de la Compañía, y que fue canonizado por **Benedicto XIII**; y por último, **Juan Brechmans**, también de familia noble y rica de Brabante, que muere a los 21 años, también en Roma, y que fue canonizado en 1886.

Escribo esto porque me gusta conocer las razones de dos contendientes. Repito que no sé nada del Opus, salvo lo que se ha escrito. De la Compañía de Jesús sí tuve que saber y sufrir su historia y sus métodos. Fui alumno suyo desde 1939 hasta que me expulsaron —o me liberaron, según se mire— en 1944. Entonces no eran de ideas avanzadas, como muchos lo son. Eran puros reaccionarios.